

CARLOS MURCIANO

ESCRITOR

## Un siglo de Saint-Exupéry

«Cumplió una trayectoria vital combativa,  
rica en avatares, que dejó huella, más honda  
que vasta, en su producción narrativa»



UNA estufa. Antoine de Saint-Exupéry, para quien la amistad fue siempre algo esencial, llegó a escribir en una carta a su madre (Buenos Aires, 1939) que jamás había tenido un amigo como «la pequeña estufa de arriba» en Saint-Maurice de Rémens, el castillo de su tía la señora de Tricaud, en donde su madre halló refugio para ella y sus cinco hijos, a la muerte de su esposo. «Jamás nada me ha dado tanta seguridad en la existencia -afirmaba-. Cuando me despertaba por la noche, zumbaba como un trompo y dibujaba en la pared hábiles sombras. No sé por qué me hacía pensar en un fiel perro de aguas». Esa estufa-perro, amiga fiel, ¿no dice claramente del carácter -ingenuo, soñador- de quien poco después de escritas esas líneas alumbraría «El principito»?

Porque este cuento de eco universal no es el fruto de un joven que se está formando literariamente, sino de un escritor maduro que va a morir pasado sólo un año de su publicación. Desde aquel relato corto, «El aviador», que en 1926 diera a conocer la revista «Navire d'argent» y que acabaría convirtiéndose en la novela «Correo Sur», hasta «El principito» y aun hasta la póstuma «Ciudadela», Saint-Ex, como muchos le llamaban, cumplió una trayectoria vital combativa, rica en avatares, que dejó huella, más honda que vasta, en su producción narrativa, reflexiva y pausada. Digo «Vuelo nocturno», aparecida en 1931 con prólogo de André Gide, que obtuvo en diciembre de ese mismo año el premio «Fémina»; «Tierra de hombres» (1939), distinguida por la Academia Francesa; «Piloto de guerra» (1942)...

Piloto de guerra o piloto civil: volar era su vida. En una carta a su madre, fechada en Estrasburgo, en 1923, le confesaba: «¡Si supieras el irresistible deseo que siento de pilotar! Si no lo consigo seré muy desdichado. Pero lo conseguiré». Lo consiguió, sin duda. Y luchó incansable con toda clase de inconvenientes -mermas físicas, edad...- para pasar en el aire las mejores horas de su vida. Sobre el desierto africano, como bajo los cielos de América del Sur, Saint-Ex cumplió su vocación más firme, hasta acabar -31 de julio de 1944- desapareciendo en el

mar. Aquella mañana estival su misión era fotografiar la región de Grenoble y Annecy; la segunda guerra mundial entraba en su última fase, y su experiencia se imponía al criterio de sus superiores, reticentes a seguir utilizando sus servicios. Nunca regresó a su base. Ni sus restos, ni los del «Lightning P. 38» que pilotaba, fueron hallados. (¿Dice verdad el submarinista Luc Vanrell, cuando afirma haberlos localizado ahora en aguas marselesas?)

Saint-Ex amó a una mujer singular -acaso la rosa de «El principito»-, salvadoreña de 1901,

Consuelo Suncín. Viuda a los veintidós años, fue amante del mexicano José Vasconcelos, del argentino Gómez Carrillo (quien, a su muerte, la declaró heredera universal), del italiano Gabriele D'Annunzio, para acabar casándose con Saint-Ex, pese al rechazo de los amigos de éste. Consuelo Suncín influyó en la vida y la obra del escritor francés, tan dependiente siempre del niño que un día fuera.

«Las personas mayores -leemos en «El principito»- nunca comprenden nada por sí solas, y es cansador para los niños tener que darles siempre y siempre explicaciones». El niño que Saint-Ex llevaba dentro -lo he escrito en otro lugar- nunca se cansó de explicarle el misterio de la existencia. Ni él de escucharlo. Su obra perdurable lo prueba. André Gide apuntó que lo más entrañable de la persona y la literatura de Saint-Ex era su «estremecedora nobleza». Pero él no alardeó nunca de sus virtudes, como no alardeó de su valor probado. En «Vuelo de noche» dejó escrito: «Se oculta la propia valentía como se oculta el amor... Los valientes ocultan sus hazañas como la gente de buen corazón sus limosnas». Yo añadiría: el hombre maduro su niño. Él lo celaba, pudoroso, pero no podía evitar que se le desbordara por los ojos y por la pluma.

Quizá por eso prefería el riesgo y el apartamiento. En su más profunda cávea, apacentaba el rebaño de sus soledades, con las que de un modo especial convivía en mitad del silencio celeste. «Viví mucho con personas mayores -escribe en su libro capital, uno de los más traducidos del mundo-. Las he visto muy de cerca. No he mejorado excesivamente mi opinión... Viví así, solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que tuve una «panne» en el desierto de Sáhara...» Esa avería, ese percance, le pusieron en contacto con «un hombrerito extraordinario», tierno y preguntón, habitador de un planeta no más grande que una casa, el asteroide B612.

Antoine de Saint-Exupéry había nacido, en Lyon, el 29 de junio de 1900. Cuando se cumple su primer centenario, las letras universales le recuerdan y le honran.

ASENSIO SÁEZ

ESCRITOR

## Paisajes a estrenar

«Seguro que París contó con un lejano día en  
que un señor, tradicional él, protestó airado  
ante la decisión de un tal monsieur Eiffel»

do en levantar una esbelta y llamativa torre un tanto chatarrera, así cargándose la verdadera y exquisita impronta, entre el gris y el rosa, del cielo parisino.

¿No habría también entre nosotros, a su vez, una joven dama de polisón y camafeo, en alguna ocasión pintada por Fortuny, en su mirador doliéndose de aquel posible proyecto de erección de unos funcionales bloques de viviendas que, inmisericordes, a ella le ocultarían el espléndido panorama, tal acuarela de abanico, del Tibidabo, desde sus balcones ganado?

No faltarán nunca, por otra parte, y de algún modo hacen bien, los ojos avizores, alertas ante aquellas empresas constructoras que vienen trazando los nuevos rostros de las ciudades, acertadamente unas veces, equívocamente otras. ¡Esas golo-

sas tentaciones con miras a las nuevas edificaciones en serie, gayolas con techos que se tocan con la mano, cargándose las antiguas viviendas, así se trate de la mismísima casa de Bernarda Alba, con sus habitaciones en las que pueden correr caballos y en la que, por contar, cuenta con una frondosa higuera en el patio, aliviadora de los calores veraniegos!

Difícil, en verdad, contentar a todos en temas de urbanismo, cuestión ésta de simple acomodación para tantos, dejándose llevar por la costumbre óptica. Se empieza por el abucheo y la carta abierta a la prensa y se acaba por la adquisición de la tarjeta postal, materia para turistas y para la oportuna felicitación de nuestra tía Enriqueta en su onomástica.

¿Que diría hoy de sus amados pueblos Azorín, a más venidos? ¿Qué Gabriel Miró del Benidorm actual, por su pluma exaltado en una lejana ocasión como «pueblo recogido», alabado por su «intimidad»?

Paisajes por estrenar. En buena hora se diga. Siempre, claro, que el respeto por la obligada estética no sea menoscabado. Otra cosa es la aceptación por narices del geométrico y desangelado prisma de cemento -la «caja de zapatos» en el argot popular- intentando ser idóneo puente que unifique neoclásicos elementos con florituras góticas, o la edificación a prueba de modernidad, del todo válida en adecuado ámbito, erigida, sin embargo, frente a la fachada principal de la vetusta y hermosa catedral.

-¿Decía usted?

-Cosas veredes, Sancho.

CAMBIAN los paisajes. Nos guste o no, por ineludibles exigencias urbanizadoras unas veces o por puro desfogue de los nuevos arquitectos otras, ni la escenografía ciudadana, fiel a la receta del último diseño, ni la estampa rural ganada por la autopista, por el polígono industrial y por la valla publicitaria en la que se nos promete la devolución del paraíso perdido a cambio del uso de determinados productos, son ya lo que antes fueron.

Uno recuerda la última visita de Gregorio Prieto al Mar Menor, buscando una vez más en el paisaje la belleza de los típicos molinos de ocho velas. De los ciento veinte que en su día llegó a contabilizar Julio Caro Baroja, sólo un modesto saldo encontró el pintor, conjunto vencido por la ampulosidad de las nuevas edificaciones de La Manga, aquellas que separan, al modo de la vara de Moisés, los azules rabiosos del Mediterráneo de los más leves y familiares del Mar Menor. Se van estrenando así los nuevos paisajes, no siempre a gusto del ojo expectante, polémicas suscitando, por medio equívocas estéticas.

-¡Ese mamotreto de cemento escamoteando la torre de la catedral!

-¡Esa tala de palmeras!

-¡Esos faroles fernandinos alumbrando la nueva avenida que intenta sintonizar con el siglo XXI!

Se olvida de este modo que en materia de urbanismo a veces basta dejar transcurrir unos años para que lo que hoy resulta piedra de escándalo se constituya en atractiva materia turística. Seguro que París, con ser París, contó con un lejano día en que un señor, tradicional él, protestó airado ante aquella decisión de un tal monsieur Eiffel, empeña-